

Fuente: Foreign Affairs

El proceso de paz después de la Elección

Más allá del Acuerdo de Status Final

Por Shlomo Avineri, 25 de enero, 2013

A pesar de haber perdido un cuarto de sus bancas en las elecciones, Likud-Beitenu - del PM Benjamin Netanyahu- permanecerá siendo la mayor facción en la próxima Knesset. Y, a pesar que está debilitado, retendrá casi con seguridad su liderazgo. Sin embargo, en los próximos días, luchará para construir una coalición gobernante - el meteórico surgimiento de Yesh Atid, partido liderado por el popular-presentador-convertido-en-político Yair Lapid, dejando a la Knesset casi dividida, en partes iguales, entre un ala de derecha y un bloque de centro derecha. El PM puede tener que optar por socios más centristas que lo que hubiera preferido.

Ese resultado refleja las realidades del discurso político de Israel: Netanyahu ya no es tan popular como, alguna vez, lo fue pero el centro - izquierda también fracasó en conformar una alternativa viable.

Sean cuales fueran los defectos de Netanyahu, bajo su administración Israel evitó ser arrastrado hacia el pantano financiero global y su situación de seguridad se estabilizó, a pesar de un proceso de paz en punto muerto. Ningún líder de centro izquierda podría reclamar esos logros. La nueva titular del Laborismo, Shelly Yachimovich, revitalizó el partido, pero no lo suficiente. La promisoría ex líder de Kadima, Tzipi Livni, quien fuera líder de un nuevo partido, tuvo poco para mostrar más que una serie de fracasos, tanto en el gobierno como en la oposición.

Al mismo tiempo, el electorado es conciente que, el próximo gobierno, tendrá que enfrentar una serie de desafíos, más allá de sus relaciones con los palestinos y, la mayoría de los israelíes, expresaron dudas de si, Netanyahu, podría manejarlos, por sí mismos, porque su administración falló, en los últimos años, en ocuparse de esos asuntos. Israel está enfrentando serias decisiones sobre sus políticas económicas. El gobierno saliente no pudo acordar sobre el presupuesto del año próximo, que tendrá que incluir tanto recortes a largo plazo en servicios como incremento de impuestos. El próximo gobierno debe responder a la creciente frustración sobre la falta de igualdad social y económica. De manera similar, necesitará tomar algunas difíciles decisiones sobre las relaciones entre el sector religioso del país -cada vez más militante y su mayoría secular, incómodo con las demandas radicales de los ultra ortodoxos. Por último, debe confrontar la -cada vez mayor- alienación de los ciudadanos árabes en Israel, casi el 20 % de la población del país, que boicotean, cada vez más, las elecciones.

En otras palabras; a pesar que el mundo exterior siempre ve a Israel casi, sólo, a través del prisma de las relaciones israelí-palestinas y el proceso de paz, los ciudadanos del país tienen muchas preocupaciones. Netanyahu puede parecer respondiendo a las preocupaciones de introducir a algunos partidos de centro en su coalición y dejar afuera a los grupos

nacionalistas religiosos extremistas y, por tanto, re - ganar la credibilidad que perdió y que produjo las significativas pérdidas electorales de su partido.

A pesar de eso, el proceso de paz aun importa porque el actual impasse es insostenible. La cuestión, es cómo hacerlo avanzar. No hay duda que las políticas del gobierno de Netanyahu contribuyeron al cierre del grifo así como los intentos palestinos de incrementar las precondiciones para la reanudación de las negociaciones. La división entre los palestinos de la Margen Occidental y Gaza, dañaron el reclamo de legitimidad de la AP haciendo las negociaciones aun más difíciles. Todo esto ayudó a explicar por qué, en esta elección, los israelíes estuvieron menos focalizados que lo habitual sobre la cuestión palestina.

Pero las experiencias de los gobiernos israelíes “más palomas”, que antecedieron a Netanyahu ilustran los obstáculos a la paz. A fines de los 2000, bajo el gobierno de centro izquierda de Ehud Barak, Israel negoció, durante más de dos años, con la AP. Ambas partes entraron en conversaciones con interés honesto de alcanzar una solución de dos estados. Si hubieran tenido éxito, Olmert seguiría siendo el primer ministro y Mahmoud Abbas, el presidente de la AP, contando con una carta de triunfo para jugar contra el más radical y fundamentalista Hamas. Pero, en tanto los negociadores se movieron desde sus ritualistas posiciones de inicio a los temas centrales del conflicto – fronteras, destino de los colonos judíos en la Margen Occidental, Jerusalén, el problema de refugiados palestinos y los intereses de seguridad de Israel- quedó claro que, las diferencias entre las posiciones israelíes más moderadas y las posiciones palestinas más moderadas, eran demasiado amplias para ser sorteadas, con facilidad.

Eso no cambió. De hecho, hay ahora más colonos judíos en la Margen Occidental que lo que había cuatro años atrás, lo que hace que, llegar a un acuerdo, sea más difícil que lo que fue durante el tiempo de Olmert. Y, el continuado control de Hamas de la Franja de Gaza, significa que, incluso un acuerdo alcanzado entre Israel y la AP, no simbolizara el fin del conflicto. La actual agitación en el mundo árabe presagia enfermedad para el proceso de paz, así como un Egipto gobernado por la Hermandad Musulmana y una Siria enmarañada en una guerra civil no alienta, incluso a los israelíes moderados, a tomar riesgos con los palestinos.

Todo esto significa que, el próximo gobierno de Israel, puede tomar un “look” fresco en lo que sea viable, con un ojo hacia las lecciones provenientes de conflictos similares (como los de Chipre, Bosnia, Kosovo y Kashmir). Como el conflicto palestino-israelí, esas disputas son multifacéticas: no son solo acerca del territorio sino sobre la soberanía, legitimidad y autodeterminación nacional; exacerbados por diferencias religiosas; y conllevan la ocupación, resistencia a la ocupación y el terrorismo. Ninguno de esos conflictos fue resuelto por completo porque las partes no desean abandonar sus reclamos básicos, sino que poco a poco, se calmaron. En cada caso, una compleja serie de acuerdos parciales, medidas de manejo de conflicto, decisiones unilaterales y estrategias de construcción de confianza mantuvieron, a raya, el derramamiento de sangre. En Chipre, la decisión de Turquía de abrir los cruces en Nicosia, por ejemplo, ayudaron a estabilizar la situación, tal como lo hicieron los acuerdos de supervisión de fronteras internacionales entre Serbia y Kosovo. Acuerdos

parciales similares lograron el mismo fin en Bosnia y Kashmir, a pesar de los temas más profundos que aun no se resolvieron.

En ninguno de estos casos EEUU fue capaz de mover a las partes – contra la voluntad - hacia un acuerdo de status final, pero pudo ayudar a aceptar medidas, a mitad de camino, que no conlleven el abandono de los reclamos fundamentales. Tal manejo proactivo del conflicto puede ser la única perspectiva realista de paz, entre israelíes y palestinos. Y puede ser aceptable, para un nuevo gobierno de Netanyahu que incluya, en toda probabilidad, a partidos de centro. Ese enfoque puede significar avanzar, paso a paso, lo cual puede hacer más fácil, para ambas partes, comunicar el gradual progreso a sus electores, dado que no tendrían que cruzar ninguna de sus líneas rojas ideológicas y fundamentales. Tal estrategia estaría basada en lo que ya fue logrado entre Israel y la AP, incluyendo el hecho –pasado por alto- que la cooperación en seguridad entre las partes se mejoró, en los últimos años, a pesar de la falta de progreso en las negociaciones. Ese enfoque podría implicar la aceptación tácita de Israel de abstenerse a expandir su proyecto de asentamientos (un paso que Israel acordó en el pasado, incluso bajo el gobierno de línea dura de Ariel Sharon), facilitando las condiciones de vida de los palestinos, a través de concesiones económicas y un desmantelamiento mayor de los cruces fronterizos en la zona, y alentando la construcción institucional palestina. Del lado palestino, el acuerdo requeriría moderar su diplomacia pública y mejorar su sistema educativo, ambos destinados a ser confrontativos. Esto puede alentar el fortalecimiento del implícito cese al fuego, entre Israel y Hamas, y a pesar que no se puede lograr mucho más en Gaza, dado el rechazo por parte de Hamas de toda existencia de Israel, esto puede alentar a elementos más moderados si ven que la cooperación vale la pena.

Una figura clave en este esquema podría ser el próximo ministro de Defensa de Israel, quien tomando en cuenta la débil posición de Netanyahu, no sea alguien del Likud. Netanyahu estará bajo presión pública para designar a una persona que pueda jugar el rol de adulto responsable. Esto significa que, el actual ministro de Defensa, Ehud Barak, permanezca en su posición. Si Barak retiene su silla, su presencia reasegurará que tanto en los israelíes como la comunidad internacional prevalecerá el pragmatismo y no la ideología en el nuevo gobierno de Israel.

La sabiduría convencional en la comunidad internacional es que se puede retornar al proceso de Oslo 20 años atrás. Pero, hasta ahora, no se alcanzó su declarado objetivo- una solución de dos estados- y no será muy útil para mover ambas partes hacia una mayor acomodamiento. Las recientes elecciones israelíes no cambiaron eso y los objetivos más modestos son el único modo realista de empujar las relaciones israelí-palestinas fuera de los peligros de la confrontación y hacia alguna cantidad mínima de reconciliación. Todo lo demás ya fracasó.